

llo y comenzó á socavar la tierra al rededor de la lápida, hasta que logró levantarla. Encontró debaxo de ella un bolsillo. Abrióle, y halló en él cien ducados con estas palabras en latin: *Declarote por heredero mio, á tí, qualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del Licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexion á las instrucciones morales que se encierran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás lo útil mezclado con lo divertido, que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.

El mas mozo de los estudiantes, que era vivo y activo, y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripcion quando exclamó diciendo: ¡Qué está enterrado aqui! ¡Gracioso disparate! ¿Qué está enterrado aqui? Pues que una alma puede entrar en un cuerpo? ¡Qué disparate! Y diciendo esto se levantó para irse á su compañero, que era algo mas juicioso y reflexivo, yo, dixo para consigo: aquí hay misterio y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo. Deseo partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo

AVEN-

## AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA

### LIBRO PRIMERO.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### *Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.*

**B**LAS de Santillana, mi Padre, despues de haber servido muchos años en los exercitos de la Monarquía Española, se retiró al Lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi Madre se acomodó por moza de cámara, y mi Padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tío, que era Canónigo de aquella Iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi Madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion (lector mio) un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo,

2 *Las Aventuras de Gil Blas.*

con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aquí la *vera esfigies* de mi tío. Por lo demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo qual le suministraba suficientemente la renta de su Prebenda.

Llevóme á su casa quando yo era aun niño, y se encargó de mi educacion. Parecióle desde luego tan despejado que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer, cuyo exercicio no le fué menos provechoso á él que á mí; porque al mismo tiempo que me enseñaba á conocer las letras, él se perfeccionaba en la lectura, á la que nunca habia sido muy inclinado; y á fuerza de aplicarse llegó á saber leer de corrido en el Breviario, lo que jamas habia sabido hasta entónces. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraría; pero el pobre Gil Perez en su vida habia estudiado ni aun los primeros principios, y era quizá (esto no lo aseguro por cierto) el Canónigo mas ignorante de todo el Cabildo; y así oía yo decir muchas veces que no habia obtenido el Canonicato por su erudicion, antes bien que le debia á la recomendacion de unas Monjas, de quienes era demandadero ó Sacristán (en cuyo importante punto no andaban acordadas las noticias) y que las mismas habian tambien conseguido que en una Sede vacante se ordenase de Sacerdote sin exámen.

Vióse, pues, precisado á ponerme baxo la férula de un preceptor, y me envió al

*Lib. I. Cap. I.*

3

tor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los Autores Griegos, y suficientemente los Poetas Latinos. Apliquéme despues á la Lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos, ó no conocidos, para proponerles questões y argumentos. Encontrábame algunas veces con ciertas figuras Escocesas, no menos escolastizadas que yo, y entónces era indispensable disputar. ¡Qué voces! qué patadas! qué gestos! qué contorsiones! qué espumarajos en las bocas! Mas parecíamos enérgu- menos que Filósofos.

De esta manera logré una gran fama de sabio en toda la Ciudad. A mi tío se le caía la baba, y se alegró infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion, presto dexaria de tenerme sobre sus costillas. Dixome un dia: ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto enviarte á la Universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dexarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero, y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No

4 *Las Aventuras de Gil Blas.*

No me podia mi tio proponer cosa mas de mi gusto , porque reventaba por ver mundo. Sin embargo supe vencerme y disimular mi alegria. Quando llegó la hora de partir solo me mostré sensible al dolor de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones : enternecióse el buen Señor , de manera que me dió mas dinero del que me daría si hubiera leído ó penetrado lo que pasaba en el fondo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi Padre y á mi Madre , los quales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio , á vivir christianamente , á no mezclarle nunca en negocios peligrosos , y sobre todo á no desear , ni mucho menos tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente , me regaláron con su bendicion , la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula , y salí de la Ciudad.

CAPITULO II.

*De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflores , lo que hizo quando llegó allí , y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.*

Éteme aquí ya fuera de Oviedo , camino de Peñaflores , en medio de los campos , dueño de mi persona , de una mala mula , y de quarenta bue-

*Las Aventuras de Gil Blas. Lib. I. Cap. II.* 5

buenos ducados , sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dexar la mula á discrecion , esto es , que andase al paso que quisiere. Echéla el freno sobre el pescuezo , y sacando de la faltriguera mis ducados , los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegria. Jamas me habia visto con tanto dinero junto. No me hartaba de verle , tocarle , y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez , quando la mula alzó de repente la cabeza en ayre de espantadiza , aguzó las orejas , y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa , y examiné lo que podia ser. Ví en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa ; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa , que pronunció estas palabras: *Señor pasajero , tenga Vmd. piedad de un pobre soldado estropeado , y sirvase de echar algunos reales en ese sombrero , que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz , y ví al pie de un matorral , á veinte ó treinta pasos de mí , una especie de Soldado , que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta , que me pareció mas larga que una lanza , con la qual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme extrañamente , miré como perdidos mis ducados , y empecé á temblar como un azogado. Recogi lo mejor que pude mi dinero ; metíle disimulada y

bo-

6 *Las Aventuras de Gil Blas.*

boníticamente en la faltriquera , y quedándome en las manos con algunos tarines los fuí echando poco á poco , y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los Christianos cobardes y atemorizados , á fin de que conociese el Soldado que yo lo hacia noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad , y me dió tantas gracias como yo espolazos á la mula , para que quanto antes me alejáse de él ; pero la maldita bestia , burlándose de mi impaciencia , no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso baxo el gobierno de mi tio , la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veía que aun no estaba en Salamanca , y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tio habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho ; pero le parecia que dándome su mula gastaria menos en el viage ; lo qual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me exponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñafior , si tenia la dicha de llegar á aquel Lugar , y ajustarme con un arriero hasta Astorga , haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo , sabia los nombres de todos los Lugares por donde habia de pasar , habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Lle-

*Lib. I. Cap. II.*

7

Llegué felizmente á Peñafior , y me paré á la puerta de un Meson , que tenia bella apariencia. Apenas eché el pie á tierra , quando el Mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. El mismo desató mi maleta y mis alforjas , cargó con ellas , y me conduxo á un quarto , mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal Mesonero el mayor hablador de todo Asturias , tan fácil en contar , sin necesidad , todas sus cosas , como curioso en informarse de las ajenas. Díxome que se llamaba Andres Corzuelo , y que habia servido al Rey muchos años de Sargento , y que se habia retirado quince meses habia , por casarse con una moza de Castropol , que era buen bocado , aunque algo morena. Despues me dió una infinidad de otras cosas , que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza , juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma , me preguntó quién era , de dónde venia , y á dónde caminaba. A todo lo qual me consideré obligado á responder artículo por artículo , puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia , suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él , en la qual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula , y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho , y no cierto sucintamente , porque me representó todos los

ac-

accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabáse; pero al fin acabó diciéndome que si queria vender mi mula él cono- cía un mulatero, hombre muy de bien, que aca- so la compraria. Respondíle que me daría gus- to en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honra- dez. Entramos en el corral, donde habian sa- cado mi mula. Paseáronla y repaseáronla de- lante del mulatero, que con grande atencion la exâminó de pies á cabeza. Púsola mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tam- poco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenia quantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del Mesone- ro, que sin duda tenia sus razones para con- formarse con el suyo. Ahora bien, me pregun- tó friamente el chalan, ¿quánto pide Vmd. por su mula? Yo, que la daría de valde, despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del Señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sín- cero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su con- ciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su con- ciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que

que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre co- mo si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan venta- josamente de mi mula, el Mesonero me con- duxo á casa de un arriero que el dia siguien- te habia de partir á Astorga. Díxome este que pensaba partir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al Meson en compa- ñía de Corzuelo, el qual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arrie- ro. Encaxóme quanto se decia de él en la Vi- lla, y me iba ya á aserrar con su inestanca- ble habladuría, quando por fortuna le inter- rumpió un hombre de buena traza, que se acercó á él, y le saludó con mucha urba- nidad. Dexélos á los dos, y proseguí mi ca- mino, sin pasarme por el pensamiento que pú- diese yo tener parte alguna en su conver- sacion.

Luego que llegué al Meson pedí la cena. Era dia de Viernes, y me contenté con hue- vos. Mientras los disponian travé conversacion con la Mesonera, que hasta entónces no se ha- bia dexado ver. Parecióme bastantemente lin-

10 *Las Aventuras de Gil Blas.*

da, de modales muy desembarazados y vivos. Quando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, he aquí que entra el Mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal Caballero, que podia tener treinta años, traía al lado un largo chafarote. Acercóse á mí con cierto ayre alegre y apresurado: Señor Licenciado, me dixo, acabo de saber que Vmd. es el Señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la Filosofía. Es posible que sea Vmd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este país? Vosotros no sabeis (volviéndose al Mesonero y á la Mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello, escuse Vmd. (me dixo) mis rebatos, no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dexaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza le dixe: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñafior. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos re-

gis-

*Lib. I. Cap. II.*

11

gistro de todos los grandes personajes que nacen á veinte leguas en contorno. Vmd. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de sus siete Sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anthéo. Por poca experiencia del mundo, que yo hubiera tenido, no me dexaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos parasitos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; antes bien estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre Señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á Vmd. comiendo algunos bocados meramente por

por complacerle, y por mostrar cuánto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el Señor mi panegirista. Traxéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres días sin comer. Por el gusto con que la comia conocí que presto daría cuenta de ella. Mandé que se hiciese otra, lo que se executó prontamente: pusieronla en la mesa quando acabábamos, ó por mejor decir, quando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadía incesantemente alabanzas sobre alabanzas, las quales me sonaban bien, y me hacian estar muy contento de mi pequeña persona. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi Padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser Padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto no correspondia yo mal á sus repetidos brindis; con lo qual, y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al Mesonero si tenia algun pescado. El Señor Corzuelo, que segun todas las apariencias, se entendia con el petardista, respondió: tengo una excelente trucha; pero costará caro á los que la coman, y es bocado de-

demasiadamente ágrio para Vmd. ¿Qué llama Vmd. *demasiadamente ágrio*? replicó mi adulator. Trayga Vmd. la trucha, y descuide de lo demas. Ningun bocado, por costoso que sea, es ágrio para el Señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un Príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto ayre las últimas palabras del Mesonero, en lo qual no hizo mas que prevenirme. Díme por ofendido, y dixé con enfado al Mesonero: venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El Mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del parasito, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se avalanzó al pez ni mas ni menos como se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el golléte. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder quiso poner fin á la comedia. Señor Gil Blas, me dixo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que Vmd. me ha tratado, que no le puedo dexar sin darle un importante consejo, de que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie siempre de todo hombre que no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dexarse engañar

ñar de las alabanzas. Podrá Vmd. encontrarse con otros, que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea Vmd. su hazme reir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis vigotes, y volviómelo las espaldas.

Sentí tanto esta burla, como qualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. Es posible, me decia yo, que aquel traydor se hubiese burlado de mí! Pues qué! ¿solamente buscó al Mesonero para sacarle el gusano de la nariz, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la qual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus Padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañáse á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dexáse engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me cerré en mi quarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, quando el arriero

riero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la memoria del gasto, en la qual no se olvidaba la trucha, y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que mientras le estaba contando el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pesado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parasito, al Mesonero y al Meson.

## CAPITULO III.

*De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y como Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.*

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflores; un muchacho, ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un mozueto Ciudadano de Astorga, y una moza del Vierzo, con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó donde iba, y de donde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan negra, y de tan